

BIOGRAFÍA DE BONIFACIA RODRÍGUEZ
FUNDADORA CONGREGACIÓN SIERVAS DE SAN JOSÉ

Un análisis desde el género



Generar espacios de mujeres es una misión difícil, arriesgada, desafiante. La novedad que representa Bonifacia Rodríguez para la mujer es ser capaz de crear un espacio para su protagonismo, para su empoderamiento. En estas líneas le llamaremos dignificación, y para más precisión carismática, santificación en la vida diaria.

Bonifacia es alternativa novedosa —por emplear una palabra prudente—, pero la realidad nos impulsa a llamar a las cosas por su nombre. Sí, esta mujer rebelde a lo establecido vio en lo cotidiano la invitación de Dios a desafiar el rol de la mujer a lo largo de la historia. Sin discursos, sin justificaciones, crea un taller en su casa, atrae en torno a ella a un grupo de mujeres y las lleva por caminos no recorridos. Las invita a vivir una utopía, a aventurarse, a lanzarse al vacío, a salir de las fronteras del hogar y adentrarse en la osadía de crear espacios alternativos para desarrollarse, no solo como hijas, madres o esposas, sino también como trabajadoras, a tener palabra propia frente al futuro. Y la propuesta del socialismo utópico de la época, corriente sociopolítica cercana al pensamiento de Carl Marx, sin saberlo, triunfa en donde no estaba previsto, en medio de una sociedad tradicional, cristiana y, para mayor contradicción, llevada adelante por mujeres. Solo a Dios se le ocurren estas cosas.

Esta mujer, Bonifacia Rodríguez de Castro, es la primera Sierva de San José.

SU VIDA

Nace en la ciudad de Salamanca el 6 de junio de 1837, en una España desafiada por vientos de cambio; es momento de las grandes revoluciones políticas europeas, con participación de las clases populares. Su casa es pequeña y tiene

forma de taller, pues sus padres son artesanos. La familia configura su carácter, moldea sus gustos, genera sus primeros sufrimientos y dolores. Aprende de pequeña a ganar el pan con el sudor de su rostro. Este ambiente de trabajo y la religiosidad popular en torno al recién proclamado Dogma de la Inmaculada Concepción, van conformando su espiritualidad.

Tras la muerte de su padre, ella, con 15 años de edad, comienza a trabajar en el oficio para el cual fue preparada, cordonera. Es hacia 1866-1867 cuando, junto a su madre, establece en la ciudad de Salamanca el primer Taller de su propiedad. Atraídas por su testimonio de vida, comienzan a frecuentar su casa un grupo de jóvenes. Es un espacio independiente para mujeres del mundo trabajador pobre.

El Taller para Bonifacia es fundamental. Anclado en medio del siglo XIX, este nace en casa de Bonifacia como lugar de encuentro con otras jóvenes, inquietas como ella. Todas descubren a través de la amistad y el acompañamiento de Bonifacia, líder natural del grupo, su respuesta a un mundo en cambio, en crisis como es el mundo de la Revolución Industrial. En discernimiento unas parten a vivir a otros lugares, otras se hacen Siervas de San José, pero todas replican la experiencia del Taller con otras mujeres, unas entre máquinas y telares, otras en medio de la oración y la contemplación. Les permitirá ganarse la vida con honradez, rompiendo el círculo de la pobreza, de la lógica del sometimiento y del privilegio. Todas son iguales, dignas, hermanas.

En 1868 llega a Salamanca el obispo Joaquín Lluch y Garriga, imbuido de los nuevos planteamientos que proponen los filósofos de la cuestión social. Por ello no se negará a dar el “vamos” al proyecto de Bonifacia. Porque también converge en esta realidad Francisco Butiñá i Hospital, quien en 1854 había ingresado a la Compañía de Jesús. Versado en ciencias, investigador nato, intuitivo, buscador, apostólico, hombre de discernimiento, llega a Salamanca en 1870 y Bonifacia lo elige como director espiritual. Ella le confiesa su deseo de consagrarse al Señor y él le propone fundar las Siervas de San José, “con el fin de recoger a las niñas huérfanas y abandonadas, para que no se pierdan e instruir las en la religión y santas costumbres y sirvan de ejemplo a la sociedad”. El nuevo proyecto invita a vivir la propia santificación por medio de la oración y el trabajo, y fomenta los principios cristianos. La fundación se realiza en 1874 en el propio Taller de Bonifacia. Ella contempla cómo se hace realidad lo que había intuido: se puede anunciar a los pobres la Buena Nueva, pero esta vez en lenguaje inclusivo, desde el género. Son mujeres las que reciben la noticia.

Durante treinta años trabajó incansablemente en la expansión de la Congregación, en multiplicidad de tareas, demostrando imaginación y generosidad. Soportó también incomprendimientos de sus propias Hermanas, pero se mantuvo fiel al proyecto hasta el fin de sus días. El 8 de agosto de 1905 la muerte se asoma a su vida y pide que la confiesen y muere serenamente, en silencio, como vivió.

ANÁLISIS DESDE EL GÉNERO: SU PROFETISMO PARA EL MOMENTO ACTUAL

En las líneas precedentes hemos dado fundamentalmente una mirada a la Mujer Bonifacia en su contexto histórico. Ahora queremos traducir esta vida desde los códigos del siglo XXI desde los parámetros que la reflexión de las mujeres de hoy

nos ofrece. La propuesta que a continuación se presenta enfatiza rasgos de Bonifacia desde la mirada de Mujer, en lenguaje de hoy, asumiendo la opinión de una mujer sobre la radicalidad de Bonifacia.

Surge en un momento de crisis

Bonifacia, bajo la inspiración y guía de Butiñá, propone un proyecto de vida en un momento de crisis, como lo es la sociedad española del siglo XIX que, pese a ser tradicional y jerárquica, vive por breves instantes una propuesta en el margen, allí donde nadie ha mirado. La realidad de la mujer está invisibilizada, no existe. Peor aún si pensamos en el mundo del trabajo, donde la explotación es permanente, sin protección, sometidas a cargas horarias inauditas. Bonifacia y Butiñá ofrecen un lugar cálido; no tendrán que dejar su realidad social, su trabajo.

En una época en que las diferencias sociales son marcadas, también la vida religiosa se ve afectada. En su interior las hermanas se dividen en quienes pueden aportar una dote y, por tanto, tener privilegios, y las que viven al margen por no tener recursos. Pero las Siervas de San José, esta nueva congregación, en fidelidad a los tiempos, proponen a las mujeres una vida distinta: no necesitan dote ni dinero para ser religiosas, solo vivir del trabajo; por ello vestirán de forma sencilla, sin hábito, solo una medalla las diferenciará de las demás mujeres, en lo externo. Internamente son iguales, las mismas responsabilidades, mismos deberes, compartir un fondo común; entre todas sostendrán a la que económicamente no puede aportar.

En una sociedad donde los cambios de rol de la mujer eran cada vez más fuertes, Bonifacia lo intuye, lo descubre desde la perspectiva cristiana. Comprende que la mujer puede levantarse y transformar el mundo, tiene palabra propia, puede enfrentar nuevos desafíos, nuevos trabajos, nuevas tareas. Concedora de esta realidad, prepara a las mujeres y evita su marginación.

Resiliente

Bonifacia nace en una ciudad bella, pero con un clima duro. Sus recuerdos de niñez están llenos de amaneceres salmantinos con manos enrojecidas por la escarcha y el hielo. Nace a la Iglesia en medio de la sencillez y la pobreza, rodeada de sus padres y abuelo, testigos primeros del gran amor que Dios le manifiesta.

El dolor de perder hermanos, hermanas y padre a muy corta edad, le ayuda a madurar prontamente. Vive una vida de entrega a los/as demás como un aprendizaje no exento de dolor. Sabe aprender a compartir con otras, a enseñar lo que sabe; deja partir a quienes buscan nuevos rumbos, respeta, espera y no queda defraudada. El dolor, más que aplastarla, la hace sabia como a las mujeres de la Biblia, como a las mujeres que, sin ser nombradas, no pueden ocultarse porque su presencia trasciende el olvido, generan vida que permanece y continúa multiplicándose, de formas diferentes, nuevas, como solo Dios sabe hacerlo.

En una sociedad como la nuestra, bombardeada por cambios, por el desmoronamiento de las instituciones básicas, descubrimos cómo la vida de Bonifacia nos desafía a escudriñar toda la esperanza camuflada en lo

contradictorio, en lo que no entendemos. Y volvemos a su respuesta. Recomenzar, reconstruir, fortalecer, creer que es posible trascender el dolor desde la certeza de que en él anida un nuevo proyecto, incluso mejor que el anterior. Es en la recreación del Taller donde encontramos la clave de su resistencia, de su resiliencia.

Rebelde

La vida le enseña el significado del luchar, del no conformarse. Nunca pierde la esperanza. Por ello, aun sabiendo que deja Salamanca, no duda un minuto en partir a continuar su sueño en Zamora, pero sin ataduras. Aprende que este proyecto es de Dios y ella, su instrumento. En la nueva ciudad no se deja amilantar, está lejos de quienes ama, pero se hace fuerte. No acepta orientadores externos a la Congregación, ni asesores espirituales que desvirtúen el proyecto por no ser capaces de entenderlo, por cerrazón, por temor, por falta de audacia. No se deja dominar. Su rebeldía transgresora crea autonomía y dignidad en la mujer, pero también fuerza y perseverancia, convicción interna que nadie puede robarle.

Un signo fundamental de esta rebeldía es su silencio. La fortalece, le permite discernir la voluntad de Dios en medio de la tempestad, le hace perseverar en el amor primero, en el sueño que había forjado con Butiñá. Por esto resiste frente a quien no entiende el proyecto. Cuida el Carisma en su realización más concreta, el Taller, obstinadamente, con la fuerza que nace del convencimiento de la presencia de Dios en medio de él.

Las jóvenes a quienes acompaña en su paso por el Taller, según ellas mismas dan testimonio, la recordarán por su bondad, por el cuidado, por la conciencia de estar sosteniendo un proyecto de Dios, incomprendido, singular como ella misma. Tendrá que pasar tiempo para que asome la promesa, aún no realizada, del proyecto de Bonifacia para la mujer trabajadora. Sus hijas heredarán esta rebeldía, silenciosa, callada, pero más activa que miles de palabras. Fuerza para luchar contra todo y todos, fuerza que emana de la vida de una mujer fiel hasta el final.

Inclusiva

A este proyecto de Bonifacia, intuido por el padre jesuita Francisco Butiñá, se une prontamente el obispo Fray Joaquín Lluch. Comprenden de inmediato lo que Dios anunciaba en el Taller: una respuesta a las chicas sin futuro, tratadas laboralmente de forma indigna, realizando tareas precarias y minusvaloradas.

Bonifacia es sensible a sus necesidades, las conoce; ella misma es una mujer de clase trabajadora. Su puesta en práctica le lleva a transformar la realidad. Por ello, las jóvenes que ingresan al Taller, que más tarde podrán ser Siervas de San José o no, son incluidas sin cuestionar su pasado, su procedencia. Las acepta porque son mujeres necesitadas, que, como ella, deben ganar el sustento diario.

Bonifacia genera un espacio educativo alternativo, es una formación desde la vida y para la vida. La teoría y práctica se incluyen, van de la mano, se entrelazan en un Taller, entre cordones, hilos, cansancio; con oración de voces femeninas,

huellas de mujeres que parten a nuevas tierras para atar con nuevas cuerdas de amor a otras, las unirán por hilos invisibles, de infinidad de colores. Llevarán en las cuerdas los retos que representa la mujer, tan vigentes hoy como ayer: la necesidad de participación, de lograr relaciones justas, igualitarias, el desafío de la violencia ejercida contra la mujer, el clamor por la igualdad salarial, por las tareas compartidas, por la visibilidad en el lenguaje, en responsabilidades, en distribución del poder.

Un colectivo de mujeres

Dios la ama cordonera, creando lazos entre las mujeres, tejiendo encuentros, redes en un Taller que habla de su presencia. Reconoce en cada persona que llega a su casa a alguien que busca una “cuerda” que pueda atar sus sueños de dignidad, la esperanza de abrazar una vida digna que pueda dar sentido al quehacer diario, a lo de cada día.

Cada vez que monta un Taller, lo hace como el primero, el de su casa, dedicado a la cordonería y pasamanería; luego, el que acuna a las primeras Siervas de San José en Salamanca, después el de Calle de La Reina en Zamora, articula las condiciones propicias que ven nacer en el siglo XIX un colectivo femenino. Y es que el Taller brota de su corazón de forma tan espontánea que hemos naturalizado su existencia, lo hemos invisibilizado, hemos perdido la novedad que representa Bonifacia a través de sus obras, como la Asociación de la Inmaculada y San José. Con ellas mantendrá una relación de años, las incluye en sus espacios, les abre la casa para compartir la vida y la oración, se atreve a transgredir patrones culturales y religiosos, en una época que percibe a la mujer en un rol abiertamente tradicional.

Aún nos cuesta descubrir su esfuerzo por lograr hacer de esta Asociación, nacida en torno a ella, un espacio de encuentro para las amigas, un lugar para conversar sobre la oración y promoción laboral femenina. Aquí descubren su vocación como lo más natural, y su llamado profundo a vivir en plenitud les ayuda a mirar el mundo con ojos de mujer.

Ciertamente, el Taller es novedad en cualquier lugar donde fue plantado por Bonifacia; es buena noticia, respuesta a las jóvenes de condición modesta. Y va más allá: es el origen de un colectivo que hoy llamamos Siervas de San José.

Conclusión: Un Dios cercano...

El proyecto que representa la vida de Bonifacia comenzó con el sueño de la primera comunidad, el del primer Taller, pequeño, sencillo, como Nazaret, amasado en las manos amorosas de un Dios cercano y siempre incondicional, un Dios que también nos sale al encuentro en los ojos y sonrisa de una mujer trabajadora. Y nos desafía a responder, a ser audaces, a vivir desde los lenguajes del alma, donde solo Dios habita y donde podemos ser valientes, pese a nuestros miedos, porque el camino está marcado. Bonifacia nos precede.

Ninoska Rojas González
Religiosa ssj